



problemas, chapuzas varias de albañilería, carpintería y...lo que fuese. No sabía decir que no.

Sacristán, practicante (hoy ATS), albañil, carpintero, "cortapelos", peón en las carreteras, emigrante, músico (aparte de en la Iglesia, amenizaba las fiestas del "Casino de la Amistad" tocando el piano), trabajador de la fábrica de harinas del pueblo y del lagar de cera,...igual arreglaba un roto que cosía un descosido. Era un digno hijo de su tiempo, un tiempo -guerra civil y posguerra- en el que lo único que contaba era la supervivencia de la familia y propia. Y para ello había que trabajar, de lo que fuera. Para que los hijos tuvieran lo que los padres no tuvieron. Para que fueran más que ellos. Y eso hizo.

"Pocos enemigos tuvo este hombre en vida", dijo una voz amiga ante su cuerpo muerto. Gran verdad sobre un hombre que era, ***"en el buen sentido de la palabra, bueno"***.

Descanse en paz.

Pascual

* NOTA: ***El toque a "clamores" es el toque de las campanas anunciando que alguien del pueblo ha muerto.***

AL FLORENCIO

En el boletín número 8 de diciembre de 1989 comenzaba la entrevista que le hice "Quiero rendirle homenaje a la persona que ha sido testigo y partícipe de las alegrías y tristezas de todos los maranchoneros durante muchos años. Él nos saludaba en los bautizos tocando el vals de las olas y él dice adiós a los que fallecen con el toque de clamores y el de espirar".

Florencio falleció a finales de diciembre. Estoy seguro que hubiésemos sido muchos los que le hubiéramos acompañado hasta el cementerio de habernos enterado a tiempo o si los trabajos nos lo hubieran permitido.

Quiero destacar su vida de servicio a Maranchón como sacristán y como "Penicilina" (por poner las inyecciones a todo el pueblo). Estos trabajos tuvo que compatibilizarlos con los de la fábrica de harinas o en el lagar de la cera. Cuando Maranchón se vino abajo y desaparecieron estas faenas, no tuvo más remedio que hacer de pintor, barbero, albañil, carpintero, teclclub, algunos trabajos de sacristán ...

Éramos niños y los sarampiones, paperas y epidemias entraban en las casas. Casi todas las medicinas eran inyectables porque no existían las cápsulas. Algunos niños se ponían muy nerviosos porque, al ver el Florencio, se imaginaban que les iba a "pinchar". Hervía con naturalidad la aguja y la jeringa, con las que nos pinchaba a todo el Pueblo, en una caja metálica. Nos inyectaba y, tras contar algo, se marchaba a otras casas. Se enfadarían los padres, la criada, los abuelos por la poca colaboración nuestra para dejarnos inyectar; el Florencio nunca se ponía nervioso ni se quejaba. Algunas veces, si estabas dormido, volvía en otro momento.

Mi relación con él, de sacristán, ha sido muy larga: 6 años de monaguillo y toda mi vida cantando las novenas. Trabajó con 6 párrocos y "No he tenido problemas con ninguno". De los monaguillos me decía "Pues hombre, siempre se han portado bien. Algunas veces se marchaban y me dejaban solo. ¡Cosas de muchachos!". En las novenas, rodeado por muchos, podría haber ejercido de creído; pues bien, era una persona sencilla que te permitía sentarse en su sillón, tocar alguna tecla, encender alguna vela, recostarte en el armonium, colgar tu chaqueta en su sillón...

Siempre me dio pena verlo sentado en un sillón viejo que él adaptaba a su altura poniendo misales; por eso le pregunté: ¿Tienes lesiones de columna? "No" me contestó.

Le pregunté por la ceremonia que más le gustaba y me contestó "El Miserere y la novena de Ánimas. Tenían una misa muy bonita".

Misericordia, Señor, para que el alma de Florencio la lleven al paraíso los ángeles.

Félix Sebastián Sacristán